

EL CASTELLANO MODERNO

Desde López de Ayala al autor del *Diálogo de la lengua* y Luis de León, fué unánime el anhelo de elevar el castellano a la dignidad de las lenguas clásicas. El Renacimiento atraía los espíritus a las fuentes de la belleza antigua haciéndoles desdeñar, en parte, las creaciones del pueblo. En Italia, maestra ya después de la Francia de los troveros y trovadores, de la literatura de Europa, Petrarca, que tanto escribía en latín como cincelaba la lengua del vulgo, al no poder penetrar en la de Homero sentía por ella una atracción henchida de sugerencias. ¡Qué gloriosa sed de cultura clásica animaba a los españoles del siglo xv, ante el esplendor del toscano, al salir de la selva medieval tan intensamente homérica y viviente! Rudo y desierto romance, llámole al castellano Juan de Mena, no muchos años antes de que apareciera *La Celestina*. Con los grandes poetas y escritores del siglo xvi, como dijo el maestro Medina (1580), « se empieza a descubrir más clara la gran belleza y esplendor de nuestra lengua, y todos, encendidos en sus amores, la sacaremos, como hicieron los príncipes griegos, a Elena del poder de los bárbaros ». Correas en su *Arte grande* (1626) exclamaría después con orgullo : « La lengua griega fué la mejor de las humanas que hablaron los hombres, la española es la segunda. » Había aparecido ya la *Historia* de Sigüenza, andaba por el mundo la *Segunda parte del Quijote*, Quevedo daba a las prensas sus más famosos libros e imaginaba ya un nuevo estilo el agudo ingenio de Gracián. Todos los tesoros del espíritu habíanse fundido en la lírica un tanto amanerada y a veces hueca ; Herrera y Góngora buscaron « nuevos modos de hermosura ». Muerto Lope (1635) desaparece

con él una generación de potentes forjadores del idioma. El teatro agotaría, en su decadencia, la magia de la antítesis, iluminándose, de pronto, con Calderón como una puesta de sol en vidrieras góticas.

Una vitalidad poderosa y reflexiva animó a la literatura del llamado siglo de oro, hasta en la frondosidad oratoria que es su defecto; uníase la filosofía vulgar de los refranes con la erudita; la vida real, el conocimiento de las cosas le había dado su consistencia a un idioma, a veces no bien trabajado, pero siempre de una riqueza extraordinaria; aún más, quien retroceda a los comienzos de la literatura española, verá en la aspereza del *Mio Cid* que, en el cantar, fuera de las perífrasis y repeticiones comunes a los poemas primitivos, no hay una palabra inútil; todo es acción y vida; por eso, ni la influencia francesa de las canciones de gesta, ni la italiana en la prosa y en la lírica han ahogado la savia castiza.

Ningún alto espíritu atraviesa ese puente sombrío en la cultura castellana que une los siglos XVII y XVIII. ¿Cómo nos explicaremos del todo esta postración de España? Ya veremos alguna de sus causas, aunque se ha exagerado en parte esa decadencia en una época de transición y labor crítica. Detengámonos únicamente en el año 1737. La flamante Real Academia estaba a punto de rematar su *Diccionario de la lengua castellana*, llamado de *Autoridades*, considerado como un monumento del idioma; Luzán publicaba en Zaragoza *La Poética* o *Reglas de la poesía*; varios escritores editaban en formato de libro el famoso *Diario de los literatos*, espléndida revista de crítica literaria, histórica y bibliográfica; Mayans y Siscar daba a la estampa sus *Orígenes de la lengua española*, en donde aparecía por primera vez, entre otras obras notables, el *Diálogo de la lengua*. Pero algo esencial faltábales ya a la literatura e idioma castellanos, la observación de la realidad, la riqueza de léxico, el alto y libre criterio. La lengua francesa iba a ser dueña del mundo: había sido trabajada sobre los grandes modelos, más que todo para convertirla en una fiel expresión del pensamiento. Los humanistas castellanos de otras épocas quedábanse soterrados en una tradición oscura. Un erudito como Mayans, amigo Voltaire, apartándose de toda lógica, encuentra en la patria de Nebrija y

Covarrubias que el idioma primitivo era el hablado por Adán, y que reunió en su nacimiento, como lengua del terrenal paraíso, todas las perfecciones. El comentario del *Diario de los literatos* (t. II, pág. 38) agrega que no puede dudarse « que la lengua hebrea que hablaron Adán y Noé... tuvo las sobredichas perfecciones porque así lo han enseñado los eruditos ». No bastaba que en la España del siglo de oro se hubieran estudiado todos los idiomas conocidos de América, África, la Oceanía y Asia, fuera de los clásicos y europeos, para que el apocamiento espiritual fuera acabando con la libertad de conciencia cuando alboreaba detrás de los Pirineos *La Enciclopedia*. Esto no obsta para que en la última mitad del siglo académico, tan complicado y sutil como estrecho, Sánchez, entre los primeros en Europa, desentierre la literatura de la edad media casi absolutamente desconocida, como mucho del pasado esplendor, por la erudita ignorancia.

Un padre Feijóo no hace un Voltaire. La Academia se relaja. Pero parece que todo el siglo XVIII, ya en sus postrimerías, floreciera con un núcleo de escritores y poetas, de escuela clásica que serán difícilmente superados como artistas del verso y aun de la prosa. Quintana, gran poeta, es crítico minucioso y noble; Moratín labra un estilo pulcro y perfecto; la cultura y penetración de Gallegos son muy vastas; Meléndez muestra una nueva sensibilidad; Lista es a veces admirable; podríamos agregar muchos otros nombres gloriosos que abren el siglo XIX. Una inquietud saludable removía la entraña de la conciencia española. El mundo despertaba a más altos destinos; pero, de nuevo la intolerancia y la tiranía ahogaron el espíritu. En 1818, Ticknor recorre España; el gobierno que « había restaurado la inquisición... comenzó a imponer silencio a la imprenta, y empleó su influencia en esfuerzos para extinguir toda idea de mejora, adelanto y estudios ». Como dice Ticknor, Meléndez Valdés esperaba en Francia, Quintana estaba encerrado en el castillo de Pamplona, Martínez de la Rosa « vivía aherrojado en el peñón de Vélez », Moratín languidecía en París. Pero, a pesar de todo, una gran generación de eruditos un tanto enmarañados, de poetas, de prosistas, preparaban el camino a la notable generación de la última mitad del siglo.

¿ Nuestro idioma era apto para plegarse a toda forma de pensamiento, para encerrar los más sutiles matices de la sensibilidad e imaginación modernas ? El traductor de Federico Schlegel se quejaba en 1843 de lo poco que ha sido trabajada nuestra lengua « en la parte abstracta y metafísica ». El Santo Oficio, dice Valera, « ahogó todo discurso, todo pensamiento sobre lo divino que no fuese una repetición de lo oficial y consignado. La filosofía acabó por convertirse en ergotismo frívolo para las aulas, en fría indiferencia para los hombres del mundo ». Después del Santo Oficio vino una santa necedad filosófica, puramente negativa y que no ha creado nada. Si en el estilo expositivo y filosófico apenas si contamos con algunos maestros, en la novela de costumbres aparecía un tesoro de elementos pintorescos y expresivos, que en vano hubiéramos buscado en el siglo XVIII. El romanticismo había sido, no solamente en España y América, sumamente oratorio. Goethe señaló ya esta falla en Byron a quien tanto admiraba.

Musset llegó a decir con cierta ironía que si se borrasen los adjetivos de los libros que entonces se publicaban se reducirían dos volúmenes a uno. Ya Aristóteles y Quintiliano reprocharon el mismo abuso a los oradores ; abuso que es común en la prosa poética como puede verse, no sólo en Granada, sino en los pasajes pastoriles de Cervantes. Lope escribió la Arcadia « a ejemplo de Sannazaro cuya prosa tiene tantos epítetos como palabras ». El adjetivo que es fuerza, color, imagen, se desleía haciéndose fácil y abstracto. Basta leer aún hasta a Núñez de Arce. Había que poner el alma en cada palabra ; de ahí que, en los últimos tiempos el simbolismo francés haya renovado la adjetivación, aun en lo vaporoso e indeciso. El « epíteto raro », de que hablaban los Goncourt, es el adjetivo vulgar, pero que adquiere nuevo sentido en el alma del artista.

Conocer las cosas, darles el nombre que realmente tienen es una ciencia difícil cuando se pierde por falta de observación, de amor a la naturaleza, el instinto de representar la realidad. Mientras avanza una adjetivación sonora, el sustantivo desaparece. Sólo Pereda fué capaz en nuestro tiempo de pintarnos un rincón de selva y de montaña. La palabra árbol, por ejemplo, con uno o dos abjetivos, vino a acabar con los nombres de los vegetales,

todos ellos expresivas imágenes que instantáneamente vemos y aun palpamos. Con razón se lamenta Menéndez y Pelayo de la antigua « riqueza de vocabulario, miserablemente perdida en la pobre y apocada lengua de hoy, en que todos procedemos por términos abstractos y generales, sin saber concretamente el nombre castellano de ninguna cosa, de donde nace la impotencia de los más de nuestros actuales escritores para ponerlas vivas y gallardas delante de los ojos ».

La crítica está de acuerdo en reconocer que el siglo XIX ha sido fecundo en la poesía española. Estábamos dentro del siglo de la poesía lírica que sólo puede compararse, en Francia, por ejemplo, con el largo período que va de Petrarca a Torcuato Tasso; sin embargo es difícil escoger un poema castellano moderno que sea en su totalidad una obra perfecta y sostenida. Los poetas trabajan poco. Veámos algún caso. Blanco White, un mediano poeta andaluz, a pesar de haber vivido en España lo más florido de su vida y ser su lengua la castellana, escribió en inglés su soneto a la noche considerado como una maravilla. ¿Cómo explicar esta metamorfosis? Oigamos lo que él dice: « Llegué a Inglaterra... persuádmeme de que, en comparación de las gentes de letras de este país, yo me hallaba en profunda ignorancia... Esto me indujo a aplicarme noche y día ». A quien afirmará que la lengua inglesa como la francesa se prestan más a la poesía que la castellana. No hay duda de que están más trabajadas; pero cada escritor se queda con la propia. Rubén Darío, entre otros, reconocerá que nuestro idioma es duro y sin vaguedad evocadora. Dice que encontró, especialmente en los franceses, una mina literaria; « la aplicación de su manera de abjetivar de ciertos modos sintáxicos, de su aristocracia verbal », le serán muy útiles. Pero él está dentro de la tradición castiza. Él traía, como afirmó alguna vez: « novedad en los adjetivos, estudio y fijeza del significado etimológico de cada vocablo, aplicación de la erudición oportuna, aristocracia léxica ». Lo mismo hubiera podido decir el otro revolucionario Garcilaso; y lo afirma el divino Herrera en sus *Anotaciones*. Darío como Garcilaso trajeron un alma joven y un tanto frívola. Me detengo hasta cansar en estos pormenores porque algunos creen que no tienen importancia. ¿No encontró Góngora, a veces, el arte delicado de la adje-

tivación? De un epíteto de este poeta, dijo Cascales, en sus *Cartas filosóficas* que se merecía una estatua. En el americano Bello ya encontró Menéndez y Pelayo «el arte misterioso de los epítetos animados y de las asociaciones sugestivas». Lástima que Rubén Darío, por gallardía de ingenio, extremara su amor a lo extranjero. Llegó a decir que él pensaba en francés. Darío tan noble, tan alto, al afirmar tal cosa, se dejaría llevar por el dolor que le causaba la crítica que nace de la envidia y el encono. Cómo contrasta esta afirmación con la de Heredia, que habiendo grabado sus sonetos en la lengua de Francia, que oyó desde su cuna, le llama, como ya Correas a la española, «la más bella que, después de Homero, haya nacido en labios humanos». El mal de nuestro modernismo estuvo en el desprecio de la literatura castellana. Un hábil cronista americano se atrevió a decir que más vale leer a los escritores españoles en las traducciones francesas que en el propio texto. El comentador francés exclama: *Que Charles-Quint lui pardonne!* Que le perdonen también los hispanistas de Francia. Podría alargar las citas de los que, escribiendo en castellano, sienten un paradójal horror por su idioma; pero más vale callarlas.

No nos detendremos tampoco a mencionar a los que opinan que nuestro futuro idioma no será el castellano sino el argentino que nacerá, como las lenguas romances del latín, de la corrupción del español. Se hacen que ignoran, los que esto afirman, las variaciones locales que a la vez enriquecen a las lenguas literarias. Los poetas y escritores del siglo de oro emplearon ya un caudal notable de americanismos; el castellano, lengua viviente, seguirá recibiendo en su léxico el nombre de cosas, usos, costumbres de América y los provincialismos españoles, que también abundan entre nosotros más de lo que se cree. Y por sobre las variaciones locales — ¡tan expresivas y bellas! — el castellano literario será siempre nuestro idioma, como, sobre los dialectos de Grecia, está la lengua de Platón, de los del imperio la de Virgilio y sobre el regionalismo italiano la de Leopardi.

Podemos afirmar que el problema del castellano en América está felizmente resuelto por la realidad misma de los hechos. Fuera de algunos graves descuidos nuestros, todos los defectos del moderno idioma nos son comunes con España. No se crea que

el castellano que hoy se escribe en la península, fuera del de dos o tres escritores excepcionales, sea muy mejor que el nuestro. Allá como aquí, el idioma, al decir de un crítico ilustre, padece frases horribles. Cuervo creía ya, en su vejez, en la desaparición del castellano en América, tan desengañado estaba. Pero él que tanto ha trabajado, señala entre nosotros una reacción poderosa. Son los escritores no puristas y rancios, ni servilmente anticastizos los que alzarán de nuevo nuestra lengua a su esplendor antiguo, hermoseándola con noble espíritu moderno. Nuevos horizontes se abren a nuestra literatura. El romanticismo y la filología han exhumado la edad media; la historia literaria y la crítica arrojan nueva luz sobre los viejos textos; en los estantes de las bibliotecas convidan a la lectura preciosas ediciones de clásicos castellanos; nunca el estudioso ha tenido a su alcance tantas joyas; nuestro concepto del helenismo es más vasto y real porque nos trae al mundo que nos rodea. El siglo XIX parece haberles abierto nuevas puertas a la conciencia y al espíritu. La única esclavitud está en nosotros mismos. Como Helena en poder de los bárbaros, nuestro idioma antiguo y moderno al ser rescatado del todo nos entregará su secreto; amémosle. De ese amor brotará la noble y eterna lengua de la verdad y la belleza si trabajamos por ella con tenacidad y silencio.

ARTURO MARASSO ROCCA.